

HISTORIAS DE MI CALLE

A Matías Aparicio Simón,
gran enguerino y mejor amigo.

Transcurría la década de los años cuarenta del siglo pasado y yo tendría no más de siete u ocho años. Las personas aún recuerdan que en verano era costumbre salir a tomar el fresco todos los vecinos de las calles de nuestra villa. Este hecho formaba parte de la cultura popular y estaba muy arraigado, especialmente entre la población trabajadora formada por la mayoría de los enguerinos.



Viñetas que le dedicara José M^a Palop

Mi familia y yo vivíamos en una de las calles más antiguas del pueblo. Aunque céntrica, era estrecha y en pendiente. En aquellos años, la casi ausencia de vehículos motorizados nos permitía invadir, con total ausencia de peligro, las polvorientas calzadas llenas de baches producidos por el paso de aquellos carros con altas ruedas de gruesos aros de hierro. Estos vehículos transportaban tanto los productos agrícolas como las materias propias de las pequeñas industrias textiles esparcidas por la población, así como lo necesario para trabajos de albañilería. A esos baches había que añadir los profundos aliviaderos para las aguas de lluvia, las *cunetas*, artesanalmente hechas con piedras y pegadas a las fachadas de las casas, hoy sustituidas por aceras, gracias a las cuales caminamos con bastante seguridad. En aquel tiempo, cuando llovía, era un riesgo andar por las calles embarradas, pues la mayoría carecíamos de calzado adecuado que nos protegiera del barro. Y esto ocurría con frecuencia

debido a las fuertes lluvias y a los temporales con que nos obsequiaban los largos inviernos. Ese, al menos, es mi recuerdo de aquellos años.

Frente a mi casa vivía un hombre que dedicó su vida al pastoreo. Realmente no era muy viejo, pero con mi mirada de niño yo lo veía como una persona centenaria. Con sus ropas antiguas, el cuerpo curvado, la cabeza siempre cubierta con una gorra gris y el cigarrillo de picadura en los labios, presentaba un aspecto bastante envejecido. Y, como ya he dicho, su vida diaria era la propia de un pastor.

Él y yo componíamos una pareja muy dispar. Sin embargo, cada noche de verano, me sentaba junto a él en el umbral de su casa a la espera de alguna novedad. Y cada noche, me contaba historias ocurridas en su larga andadura de pastor, muchas de las cuales ya había oído. Pero yo, a sabiendas de que eran repetidas, no me cansaba de escucharlas con gran atención, como si fuera la primera vez que me las relatara. Cada palabra o gesto que, con



paciencia, una y otra vez repetía aquel anciano, a mí siempre me parecían diferentes. Sus historias engolosinaban y algunas aún ahora, las recuerdo como si fueran recientes. Tenía por costumbre el tío Miguel, que así se llamaba, sentarse con un grueso manojo de esparto sujeto en el sobaco izquierdo. De él sacaba los hilos para tejer sogas, unas más finas y otras más gruesas, con las que confeccionaba recias alpargatas que los trabajadores del campo le encargaban. Con esa actividad reforzaba los escasos ingresos que obtenía del corto ganado que todavía conservaba.

José Marín Tortosa